

Javier Arias Artacho

La
TIERRA
del
VIENTO

Una novela llena de aventura y emoción.

*Un paisaje majestuoso e inhóspito, donde
el viento susurra los secretos de una vida.*

La tierra del viento

Javier Arias Artacho

Rocaeditorial

LA TIERRA DEL VIENTO

Javier Arias Artacho

UNA FAMILIA. UN SECRETO.
LA LUCHA DE UNA MUJER POR SOBREVIVIR EN LOS
CONFINES DEL MUNDO.

Sophie solo tiene dieciocho años y tendrá que afrontar una nueva vida en la lejanía de una tierra ventosa, verde y fría. La familia Summer se ha asentado en Tierra de Fuego, una región donde pocos años antes los exploradores morían de hambre o asesinados por los indígenas. Sin embargo, el mayor desafío de Sophie no será su nuevo hogar, sino ir desatando los nudos del pasado familiar.

Arropada por el cariño de un niño y por un amor que brota en medio de la soledad, Sophie irá descubriendo poco a poco lo que la familia esconde en el silencio del bosque.

ACERCA DEL AUTOR

Javier Arias Artacho nació en 1972 en Barcelona, aunque creció en Argentina, su país adoptivo. Es licenciado en Filología Hispánica y compagina su tiempo entre la docencia y la literatura, pero también con su familia. Está casado, tiene tres hijas y reside en Valencia. Su trayectoria como escritor cuenta con novelas históricas que alcanzaron el éxito de crítica y lectores, así como también de obras juveniles bien reconocidas en el mundo de la educación. Sus trabajos más conocidos son Eitana, la esclava judía y El general maldito, pero también Argentina, un sueño extinguido, La sombra de Masada, Naufragos o No cierres los ojos.

ACERCA DE LA OBRA

«La tierra del viento es una novela de ficción, pero ofrece una ambientación histórica que in-tenta ser fiel a la fundación de Ushuaia, desde la llegada de los misioneros anglicanos hasta la creación del penal para reincidentes.»

JAVIER ARIAS ARTACHO

Índice

[Portadilla](#)

[Acerca del autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[HACIA LOS CONFINES DEL MUNDO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[TIERRA DEL FUEGO](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[LA TIERRA OCULTA](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[LA TIERRA PROMETIDA](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

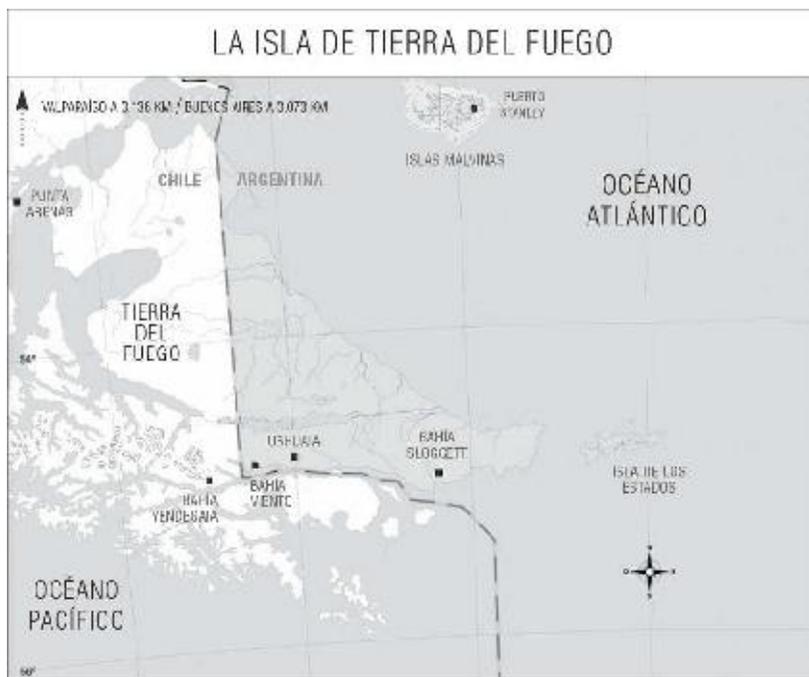
[63](#)

[64](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Créditos](#)



A mi familia, la de allá, para que sepan
de aquella Argentina que también existió

Paulatinamente las jornadas se hicieron cada vez más largas,
hasta que el sol estuvo otra vez por encima del horizonte durante las veinticuatro horas del día; y aunque no se levantara mucho y las sombras continuaran siendo largas, a causa de la inclinación de los rayos, la reverberación del sol en el hielo multiplicaba el resplandor, en tanto que la ausencia de la noche contribuía a tornar la temperatura insoportablemente alta para los hombres polares, si bien no alcanzaba a derretir la costra del mar congelado.

HANS RUESCH, El país de las sombras largas

HACIA LOS CONFINES DEL MUNDO

1

Londres, junio de 1895

Tiempo después, cuando su pasado ya comenzara a difuminarse en la lejanía de una tierra ventosa, verde y fría, Sophie habría de recordar aquel momento como si pudiese observarlo tras un cristal. La muchacha se esforzó por retenerlo en su memoria con el obstinado esmero de quien no quiere olvidar. Sus ojos se deslizaron primero por la alfombra, luego por la repisita de la chimenea, hasta entretenerse con su caja de labores. Tenía la catedral de Saint Paul dibujada en su tapa corredera, la misma a donde solía llevarla su madre desde muy niña, y casi pudo volver a oler su atmósfera luminosa y sombría a la vez. Luego atravesaron los cristales de la ventana, tras los que trepaban los rosales, y entonces quiso no pensar más. Solo quedarse así, y que el tiempo pudiera detenerse, y que ella se detuviera allí con él.

Estuvo varios minutos en silencio, hasta que volvió a percibir la mano de su madre todavía tibia sobre la suya. Su voz parecía haberse quedado atrapada entre las paredes como un eco que poco a poco se iría amortiguando, hasta desaparecer.

«Lo siento, Sophie. De verdad.»

Se lo había repetido varias veces muy despacio.

«Lo siento, lo siento, lo siento...»

Sus ojos se pusieron vidriosos al recordarlo y sintió el vértigo del dolor en el pecho. Todo acababa de suceder, pero ella todavía estaba inmóvil.

«Solo Dios conoce nuestros destinos, ¿entiendes? No debes temerle. Ve a buscarlo, él te ayudará.»

Y, al decirlo, a su madre ya le costaba respirar. De nada había servido que Sophie negara decidida, porque su madre insistió ya tambaleándose en el mundo.

«No debes guiarte por el rencor. Es mejor que no lo juzgues.»

Y Sophie se mordió los labios y fue como si la angustia se astillara y se la pudiese tragar. No quería que ninguna palabra se le escapase de la boca. No iba a defraudarla antes de irse. Pero ella insistió en que debía ir a verlo, que él los ayudaría. No recordaba cuántas veces había repetido aquello también, y acabó por rebelarse, porque aquel odio había nacido desde que conoció su existencia.

«Igual que lo hizo contigo, ¿verdad?»

No había querido decírselo. No. Y se arrepintió de su debilidad nada más pronunciarlo.

Su madre calló y cerró los ojos. Sophie acarició su rostro de papel y le pidió perdón. Había sido una torpeza.

«No quise, mamá. Soy una estúpida. Haré lo que quieras. Te lo juro, no te inquietes, sabes que lo haré.»

Sophie recordaría siempre aquel cuerpo enjuto extinguiéndose. Sus palabras eran jadeos y, cuando continuó, dejándose la vida, lo hizo con la lengua enmarañada en un sufrimiento que ella ansió cesara cuanto antes.

«Tienes miedo, Sophie... Estás nerviosa... Solo es eso. Busca en tu interior y no desesperes. Pase lo que pase, recuerda...»

Y Sophie intentó callarla. No quería que se consumiera suplicándole. Aquello no. Aquello no iba a permitirlo. Pero su madre todavía no había suspirado su última voluntad:

«No esperes que te ayuden si no lo haces tú primero, ¿comprendes?»

Entonces cerró los ojos y fue languideciendo como un pábilo que cimbreara sin oxígeno, lívido.

Ella pensó que ya no diría nada más...

«Busca en tu interior, Sophie. La luz está allí dentro.»

Y luego se fue.

No sabía cuánto tiempo había estado sentada junto a su madre y mirando por la ventana. El señor Borrow había entrado en la habitación y Sophie solo pudo percibirlo cuando carraspeó junto a ella.

—Lo siento, muchacha —le dijo sin siquiera rozarla.

—Gracias, señor.

Los dos se quedaron mirándola en silencio.

—Debes decírselo a tu hermano.

—¿Dónde está?

—Ahí fuera.

La joven se irguió con dignidad y, delicadamente, repasó la humedad de sus ojos con un pañuelo bordado por ella misma. Luego se separó del lecho, abrió la puerta y vio al pequeño Thomas con sus pantaloncitos cortos y sus manos tiesas pegadas al cuerpo. Sophie sintió que la pena le dolía